

Arácnidos e insectos: una historia natural a lo divino en Los afectos espirituales de la Madre Castillo (1671-1742)

Charles Moore / Gardner-Webb University

Resumen

Este trabajo intenta mostrar cómo la Madre Castillo transforma dos criaturas comunes de la naturaleza, los insectos y los arácnidos, en símbolos de lo divino para comunicar mejor su jornada mística en *Los afectos espirituales*. La Madre emplea estos símbolos para templar sus experiencias místicas oscuras y moldear sus escritos a una tradición ya “aceptada” y solidificada por la retórica, la oratoria sagrada, Santa Teresa y más. Entre otras fuentes que pudo haber usado para preparar sus *Afectos*, Castillo conocía bien *La Biblia* y muy probablemente la poesía española, los mitos y leyendas de la antigüedad y el bestiario medieval. Esta retórica del poder le ayudaba a definir su espacio en una cultura misógina que restringía el acceso intelectual y espiritual de las mujeres. Aunque hace hincapié en las grandes cosas que Dios puede realizar con sus creaciones más bajas, incluye quince insectos y arácnidos malos para recordarnos que no todas las criaturas de Dios trabajan para fines buenos. Estos seres malos, en cambio, sirven para destacar la pequeñez, si no la estupidez, de los hombres que no respetan a su Creador.

Palabras clave: Madre Castillo, insectos, bestiario, siglo XVIII, literatura mística hispana, *Afectos espirituales*.

Abstract

This article aims to show how Mother Castillo transforms two common creatures from nature, insects and spiders, into divine symbols to better communicate her mystic journey in *Spiritual Affects*. Mother Castillo employs these symbols to temper her obscure mystical experiences and mold her writings into a tradition already “accepted” and solidified by rhetoric, sacred oratory, St. Teresa, and others. Among other sources that she could have used to prepare her *Affects*, Castillo knew *The Bible* well and very probably Spanish poetry, myths and legends from Antiquity and the medieval bestiary as well. This rhetoric of power helped her to define her space in a misogynist culture that restricted intellectual and spiritual access for women. Although she emphasizes the great things that God can do with his smallest creations, she includes fifteen bad insects and spiders to remind us that not all God’s creatures work for good. These bad beings, instead, point out the smallness, if not the stupidity, of those who do not respect their Creator.

Keywords: Mother Castillo, insects, bestiary, 18th century, Hispanic mystic literature, *Spiritual Affects*.

En 1689, después de una niñez enfermiza, la Sor Francisca Josefa de la Concepción del Castillo y Guevara, mejor conocida como la Madre Castillo, entró a los 18 años de edad en el Convento de Santa Clara en la lejana ciudad eclesiástica de Tunja, Colombia, Nueva Granada (Morales Borrero 6-7). Cinco años más tarde, en 1694, y contra los deseos de sus padres, hizo votos perpetuos como religiosa (Achury Valenzuela xliii). Así pasó la mayor parte de su vida, sola, enferma, y como ella misma admite, “del todo ignorante” de las cosas del mundo y “ni aun el estilo de hablar con los seglares sabía” (citado en Morales Borrero 6-7). Sin embargo, y a pesar de grandes desafíos, celos, y pruebas en su contra, fue nombrada abadesa tres veces durante sus 53 años en el convento (Morales Borrero 7-9).

Los dos escritos más importantes de la Madre, *La vida* y *Los afectos espirituales*, han sido admirados por su estilo clásico, su sistematización estilística “aún en los momentos más fogosos,” su claridad y su equilibrio “entre lo sereno y lo vehemente” (Morales Borrero 3-4). Por otro lado, se han criticado igualmente como confusas, repetitivas y manchadas tanto por los descuidos de una escritura demasiado rápida como por el culteranismo y el gongorismo (McKnight 167, Achury Valenzuela cxx). Por orden de sus confesores, la Madre Castillo escribió la narración de su vida espiritual que luego se publicó en 1843 bajo el título de *Sentimientos espirituales* (Morales Borrero 9-10). La obra pertenece a un género autobiográfico místico, diferente del de *Su vida*, pero común entre las escritoras religiosas de la época (McKnight 168). Santa Teresa, por ejemplo, lo cultivó en sus *Exclamaciones o meditaciones del alma a su Dios* en donde se quejó de su dolor de exilio terrenal lejos de Dios, examinó sus debilidades, instruyó su alma y aplicó historias bíblicas a su camino espiritual (McKnight 168). Aunque Francisca empezó a escribir *Afectos* de modo similar en 1690 (Achury Valenzuela cxii), solamente los escritos entre 1694 y 1728 tienen fechas específicas y, de ellos, únicamente la mitad fue incluida en la primera edición (McKnight 168).

Cualesquiera que fuesen los objetivos y motivos de la escritura de la Madre Castillo, la crítica está de acuerdo en que la abadesa incorporaba una fuerte dosis de la retórica clásica para lograrlos. La retórica habría brindado a las religiosas el espacio que necesitaban para responder a las directivas ortodoxas de sus superiores y, a la vez, establecer su propia autoridad, tanto como era posible, como escritoras y mujeres (McKnight 29, 35). Con sus símbolos, metáforas y juegos de palabras, la retórica les habría servido, además del perfecto vehículo, para mejor comunicar lo inefable de la purificación del alma y su unión con Dios para con sus

lectores tanto religiosos como seculares (Bejarano Díaz 20). El propósito de este ensayo es mostrar cómo Castillo usa dos de sus símbolos favoritos, los insectos y los arácnidos, para llevar a cabo precisamente esta misión.

La Madre Castillo pudo haber sido influida por varias fuentes literarias a medida que incluía dichos símbolos en *Afectos*. Como esperaríamos, su principal modelo era Santa Teresa de Ávila a quien aún cita en esta obra: “Santa Teresa: que lo que hacen o tienen los bienaventurados viendo la esencia divina hemos nosotros en el Sacramento” (Achury Valenzuela 40). Además de una variedad de *topoi* que la santa española usa para mejor comunicarse con sus monjas (McKnight 34), encontramos una plétora de animales que incluye los insectos y los arácnidos. Aunque en Teresa, como en otros místicos, siempre existía una afinidad por la naturaleza, a la inversa, la santa también creía que parte de esa creación no solamente dificultaba “el proyecto salvífico” divino sino que aun luchaba con Dios por el dominio del alma humana (Castro 10, 19). Sin embargo, el gran mundo y los elementos encontrados allí dentro eran parte de un “habitat” donde el hombre podía sentir la presencia y la huella del Creador (Castro 8, 19). Con base en estas oposiciones, veremos cómo Castillo interpreta el papel de los insectos y arácnidos a medida que sigue la famosa sentencia teresiana, “se ha de buscar al Creador por las criaturas” (citada en Castro 12).

Entre las herramientas retóricas que la Madre Castillo más favorece en *Afectos* para diseminar sus sentencias, alegorías y doctrina místicas son las metáforas, los símiles, las figuras moralizantes y las comparaciones. Al respecto, Morales Borrero ha dicho que en la obra, “[u]no de los medios más gráficos de representar las elevaciones y los arrecifes de la vida moral es el de los alegorismos zoológicos” (396). Además de Santa Teresa, Castillo se sirve de estas referencias gracias a una larga tradición literaria, bíblica y eclesiástica que hereda, repleta de fabularios, enigmas, jeroglíficos, y emblemas de la historia natural y el bestiario medieval tal como el *Libro de les bestias* de Ramón Lull (Morales Borrero 396; Cirlot 10).

Otra influencia literaria podría haber sido la poesía española. Su tradición popular y tendencia italianizante habían permitido varios símbolos y metáforas arquetípicos “de procedimiento didáctico-metafórico” que el misticismo español fácilmente adaptó “a lo divino” (Hatzfeld 12, 29). Sin embargo, los místicos no siempre los usaban en forma tradicional sino vaga o sorprendentemente (Hatzfeld 12). Las mujeres se obligaban a ser especialmente creativas de esta manera ya que les faltaba la misma preparación teológica que sus contrapartes masculinas (Johnson 182). Así veremos si y/o cómo dos de estos símbolos, los insectos y los arácnidos, le hubiesen ayudado a Francisca a lograr lo que se ha descrito como “su máxima expresión imaginativa, talento y creatividad como escritora” (Johnson 170).

Bejarano Díaz llega a declarar que la monja parece preferir la oratoria sobre el arte de la narrativa (20). Por eso,

Francisca pudo haber consultado obras como la *Introducción al símbolo de la fe* de Fray Luis de Granada (1583), la *Retórica cristiana* de Diego Valadés (1579), y la *Instrucción de predicadores* de Francisco Terrones del Caño (1617), las cuales hablaban largamente de la importancia de hasta las criaturas más bajas de Dios¹. Asimismo, la monja también podría haber conocido la oratoria de los dos predicadores más grandes del siglo XVII, el español Hortensio Félix Paravicino y el mestizo peruano Juan de Espinosa Medrano, quienes incluían una variedad de flora y fauna en sus sermones.

Sin importar cuáles fueran las fuentes de la monja, Morales Borrero divide los animales en *Afectos* en las tres siguientes categorías: los benignos y espaciales (i.e., águila, tórtola, paloma, cordero, ciervo, abeja, hormiga, erizo, buey, mariposa), los insignificantes o ruines (i.e., mosca, sabandija, gusano, topo, escarabajo) y los malignos o dañinos (serpiente, tigre, lechuza, culebra, araña) (397). Aunque los insectos y los arácnidos se esparcen a través de las tres categorías de Morales Borrero, las he reunido en un ensayo por su obvio parentesco cercano. Castillo muchas veces compara o contrasta más de un insecto o arácnido a la vez o hasta los combina con otros animales como serpientes y culebras, entre otros. Cuando ha sido conveniente, también los he emparejado por función o apariencia.

Afectos espirituales es una obra de largos periodos y estilo complicado que trata un tema remoto y mayormente inaccesible para el lector moderno. Por eso, creo que ha sido indispensable citar a Castillo frecuentemente para mejor iluminar el texto a través de una lectura lo más detallada posible. En otros momentos, parafraseo el texto en mis propias palabras o lo corto con elipsis para limitar la verbosidad enredada de la autora o para simplificar o clarificar un tema oscuro. En todos los casos, mi intento es ofrecer un análisis tanto descriptivo e informativo como crítico para poder presentar a la Madre Castillo a aquellos lectores que ignoren o no comprendan su obra. Sin embargo, como esperaríamos de una obra mística barroca de este tipo, no es siempre posible entender a la monja tunjana a ciencia cierta. En esos momentos, puede que ella misma no sepa explicar sus pensamientos lucidamente o no quiera que sus lectores le entiendan a propósito, por ende, a veces simplemente estamos obligados a apreciar la obra nada más que por su belleza enigmática y su naturaleza hermética e incommunicable.

La pulga y la sanguijuela

Remontada hasta Cicerón, la modestia afectada fue uno de los tópicos favoritos de los místicos. El Antiguo Testamento de *La Biblia* dio autoridad a la técnica con fórmulas de empequeñecimiento que vemos, por ejemplo, en I Reyes 24:15 y 26:20 cuando David se considera a sí mismo nada más que un perro muerto o pulga en presencia de Saúl (Curtius 1: 129).

En *Afectos*, Castillo se refiere en dos ocasiones a exactamente la misma pareja. Primero, gime sobre sus llagas, enfermedades, flaqueza, y heridas y pide la misericordia de Dios. Le ruega, “mira oh Rey de Israel fuerte y poderoso que no estés airado contra un perro muerto (...) No muestres tu furor contra una pulga” (2: 140). Igual que David, se mira desechada e indigna del amor y la merced de su superior. Luego, compara a todos los hombres a la misma pareja ante Dios, a quien pregunta retóricamente “¿[q]uién es el hombre para que acerca de él pongas tu corazón? ¿A una paja, a una pulga, a un perro muerto?” (2: 174-75). Las imágenes de un insecto parásito (la pulga) y su anfitrión sufriente (el perro) muestran la bajeza, la debilidad y la fealdad de la condición humana, también representan nuestra dependencia completa de otros tanto como nuestra incapacidad de eliminar lo malo en nuestras vidas sin ayuda.

Igual que la pulga, la sanguijuela representa otro insecto que se beneficia por el daño que infringe a otros. Por eso, la escritura religiosa favorece las dos especialmente para iluminar la naturaleza egoísta y vil del hombre. Castillo solamente se refiere a la sanguijuela dos veces en *Afectos* pero quizás nunca es más sencilla y clara en lo que dice. Primero, simplemente escribe que el hombre sin la gracia de Dios es como “aquella sanguijuela que siempre quiere chupar y tragar la mejor sangre, y nunca dice, basta” (1: 242). Luego, para desanimar el gozo de la vida terrenal advierte, “[m]enos has de escuchar los clamores de la carne, pues es aquella sanguijuela que jamás se dará por satisfecha” (2: 101). En las dos citas, la monja repite la misma lección contra el deseo y la acumulación insaciables tanto como el pecado de usar a otra gente para lograrlos.

El mosquito, la mosca y el escarabajo

El mosquito, mencionado dos veces en *Afectos*, es para la Madre un símbolo de la sorprendente fuerza del Creador. Aunque el insecto parece pequeño e inútil a primera vista, el enojo de Dios es tan grande que lo usa para destruir al hombre. Cuando ella declara, “las ranas y los mosquitos bastan para acabar con el [hombre] más entronizado y soberbio” (2: 217), vemos que lo más pequeño creado por Dios gana a los mejores seres humanos. Similar a otra combinación antitética de la pulga y el perro, el depredador aquí (la rana) se menciona al lado de su presa (el mosquito). La rana, al contrario de su uso positivo por Castillo aquí, se menciona negativamente en *La Biblia* en dos ocasiones por su semejanza a los tres espíritus malignos en Rev. 16:13 y como parte de la plaga épica de Egipto en Ex. 8:2.

Una segunda referencia al mosquito ayuda a que la Madre destaque el poder divino comparado con lo humano. Aquí dice a Dios directamente:

Aunque estuvieras cercada de todo el poder del mundo, de toda la sabiduría de la tierra, de todo el amor de las gentes, no serían para ti todas las fuerzas humanas, más que las hojas secas del árbol, ni más que el sonido de los mosquitos. (2: 254)

Este tipo de diálogo imaginario con otro puede ser un ejemplo del “nostros cum aliis sermones” que Quintiliano recomienda para animar un discurso (3: ix, ii, 390-91). Por su parte, al “oír” el zumbido irritante del insecto, el lector mejor comprende su propia impotencia e insignificancia ante Dios mientras la dimensión auditiva agrega un inesperado aspecto barroco a la lectura.

A pesar de lo que se podría suponer, el escarabajo simboliza la esperanza y la vida del más allá en la tradición antigua (Cirlot 90); la mosca, en cambio, conlleva una condición vil (Morales Borrero 401). En uno de sus sermones que componen *La novena maravilla* (1695), Juan de Espinosa Medrano usa la mosca para simbolizar las tentaciones del mundo (165). Esta imagen negativa prevalece en *Afectos* pues Castillo mayormente asocia tanto la mosca como el escarabajo con el excremento y los lugares más asquerosos de la tierra. Por ejemplo, para despreciar su propia alma personificada le reclama, “pues todo lo que hay en ti como el escarabajo camina entre la tierra y el estiércol” (2: 104). La monja seguramente visualiza aquí el instinto que obliga a que este pequeño insecto empuje su bolita de excremento. El estiércol, como veremos más adelante, es una de las referencias predilectas de la Madre por su efecto olfativo que, como el auditivo, le da una dinámica dimensión sensorial a la obra. Al yuxtaponer el excremento con los temas de la purificación del alma y la unión con Dios, es también muy posible que Castillo siga la creencia antigua de asociar lo menos valioso del mundo con lo que se valora más que todo a lo divino (Cirlot 94-96).

La monja usa la mosca también para describirse a sí misma negativamente. En típica forma modesta, escribe:

Soy yo, Dios mío, como la mosca asquerosa que aunque mil veces me llevéis, y llaméis (...) mi vil condición es volverme a la podre y a los muladares, y hacer asiento en ellos (...) ¡y que una mosca tan asquerosa, que una sabandija tan vil tuviera atrevimiento a ofenderte! (2: 87-88)

Llama la atención a los lugares donde vive la mosca (podre y muladares) a la vez que introduce otro insecto asqueroso, la sabandija. Santa Teresa utiliza la figura de la sabandija en *Las moradas o castillo interior* para describir, entre otras cosas, los problemas de las almas enfermas y las ardides y mañas del demonio (16-17, 22). Castillo utiliza la mosca también como símil del pecado cuando escribe, “[la soberbia es] como la mosca inmunda buscando los malos olores y cosas podridas para asentarse y hartarse de ellas.” (1: 236) Esta vez, sin decirlo de pleno, únicamente sugiere el estiércol en lo que puede ser un ejemplo del *emphasis* también sugerido por Quintiliano (3: ix, i, 374-75).

Luego, Castillo inesperadamente abandona esta tradición negativa de la mosca cuando dice, “con moscas y cosas pequeñas triunfa [el] brazo [de Dios] poderoso del soberbio Faraón endurecido” (2: 292). Igual que el mosquito,

esta mosca es una fuerza para bien que demuestra que Dios utiliza hasta sus creaciones más ruines para lograr sus fines divinos. Se representa a Dios entero en el brazo únicamente, una sinécdoque que bien podría ser otra influencia de Quintiliano (3: viii, vi, 310-11).

La abeja

La abeja es otro insecto que simboliza lo positivo en *Afectos*. Más que cualquier otro insecto o animal, es el que disfruta de la trayectoria literaria más ilustre. Una imagen clara de origen bíblico² la abeja se aprecia en Juan de Ávila (Morales Borrero 401) y en *Las moradas* de Santa Teresa donde se compara a la humildad por labrar la miel juiciosamente en su colmena y al alma por nunca dejar de volar para traer flores (21). Para Santa Teresa es además un trabajo diligente en provecho nuestro, lo cual se puede entender como un ejemplo de las maravillas incomprensibles que Dios nos hace con una cosa tan sin razón (71).

Aristóteles observó las abejas en su *Historia de animales* (vol. x, lib. v, sec. xxii, 195), mientras Cisneros ha señalado la tradición del insecto en Cervantes, Quevedo, Garcilaso y Góngora (80-81). Paravicino afirma que las abejas visitaron las bocas de Platón y San Ambrosio (121 n. 34, 197, 239 n. 91) y, en Perú, Espinosa Medrano las menciona en su *Apologético* de Góngora (Cisneros 79) y en varios de sus sermones en *La novena maravilla* (i.e., 276, 295). En el arte románico, las abejas eran símbolos de la diligencia y la elocuencia y en los jeroglíficos egipcios tenían nomenclatura real por su actividad creativa, industria y riqueza asociada con la producción de la miel (Cirlot 22-23).

En *Afectos*, Castillo menciona las abejas cuatro veces por su laboriosidad y establece una conexión entre su miel, su panal y la dulzura de María (Morales Borrero 401). Vemos estos temas cuando manda al alma: “[a]nda como oficiosa abeja por aquel cuerpo [de Cristo] inocente herido tantas veces, paraíso del amor y dolor, y de sus suaves, dulces y divinas flores saca miel con que labres en lo íntimo de tu corazón un panal con que convides a tu querido bien” (1: 221). Luego, repite la idea de lo grande que hay en las cosas pequeñas cuando escribe “[p]ues mira las virtudes pueden tener más y más perfección en su ejercicio; si en todas las cosas entres a lo interior, y como solícita abeja labreres tu panal en lo escondido para que tu dueño lo coma con su miel. En las cosas bajas y despreciables, suelen estar escondidas las altas y preciosas” (1: 309). Además de las fuentes ya mencionadas, su insistencia en el panal y la miel puede ser una lejana influencia de la tradición órfica que sostenía que la miel era un símbolo de la sabiduría y el ejercicio espiritual del auto-mejoramiento (Cirlot 143).

Sin embargo, al contrario de la mosca y el mosquito malos que se volvieron buenos, la abeja parece una vez cambiar de buena a mala. Es el mismo tópico de las abejas venenosas que también vemos en Espinosa Medrano, quien asocia las legendarias abejas venenosas de “Córcega” con las culebras y la muerte que emboscan a sus víctimas inocentes

(2, 295). El predicador cita a Paravicino, Ovidio y Virgilio como sus fuentes para estas abejas (256, 276). Por su parte, la Madre Castillo escribe, “[a]l alma en la vida mortal y en tanto que vive en las prisiones de la carne la cercan las tribulaciones como abejas al panal” (2: 253). Estas abejas representan los problemas que ocurren si vivimos en forma carnal. Este aspecto de la abeja no perdura pues en su sección titulada “De la murmuración y de los detractores,” la monja declara “[n]inguna cosa hay tan propiamente adecuada a la murmuración y detractores como lo que se dice de la araña, que saca veneno y ponzoña de las flores de que la abeja saca miel” (2: 319). Aquí nos da una indicación de las penas que sufrió a manos de las otras monjas en el convento que la detestaron. Sus chismes y conspiraciones metafóricamente convirtieron la labor de Francisca, o la miel de abeja, en ponzoña de arañas.

La araña y el escorpión

Aunque puede ser lo más despreciable de todos en el “zoologismo meditativo” de la monja de Tunja, la araña es, sin embargo, también uno de sus favoritos (Morales Borrero 403). Si para Espinosa Medrano la araña es un agente destructivo que simboliza el encanto mundano (165), en Castillo representa lo más doloroso de la vida, la malignidad de los hombres necios e incipientes que viven sin gracia y las vueltas de sus labores fútiles (Morales Borrero 403-04). Es más, por su aspecto temible y su capacidad de hacerle daño al hombre es la metáfora perfecta para desdeñar a los que malgastan su tiempo en la tierra sin creer en la eternidad divina.

Esta simbología negativa concuerda solamente en parte con la imagen mixta de las arañas en la tradición antigua. Allí, simbolizan tanto el poder creativo como la agresividad (Cirlot 49). A medida que esperan pacientemente en el centro de sus telarañas, son a la vez tejedores de ilusiones destructivas y símbolos del mundo de los fenómenos, de los poderes de la reconstrucción y de la alternación sin cesar de las fuerzas que controlan el universo (Cirlot 49). Veremos a continuación si podemos encontrar en Castillo algún tipo de ambivalencia así en cuanto a este misterioso arácnido.

No es sorprendente que Castillo asocie la araña con las serpientes ya que este reptil se ha considerado maligno desde Adán y Eva. La serpiente, la culebra y la víbora aparecen regularmente en *Las moradas* (i.e., 27, 30, 42) y la culebra es sin duda el reptil que Espinosa Medrano escoge para contrastar con lo sagrado en *La novena maravilla* (i.e., 1, 2, 164, 168, 198, 272, 295). Dichos reptiles junto con el áspid se ven muchas veces en *Afectos* (i.e., 1: 102, 178, 191, 236; 2: 78, 130, 210, 230). Para explicar lo que pasa a los incipientes cuando dicen que no hay Dios, la Madre primero nos explica “[a]sí son hechos corruptos y podridos (...) como serpientes, y desentrañándose como las arañas llenas de veneno, no sacan ningún bien, aunque conocen el bien que perdieron” (1: 62). La idea de que estos pecadores saben que hacen mal se repite luego cuando ella se compara a sí misma con una araña en “[b]ien conozco que soy fácil en

olvidar los beneficios que recibo de Dios y de sus criaturas; y que como la araña me abrazo de la ponzoña tomando con sentimiento las injurias etc.” (1: 193). Es decir que hasta ella, como una de las arañas o serpientes incipientes, también peca con gusto.

Quizás el tema que Castillo más asocia con las arañas en *Afectos* es la futilidad de vivir por ahora en la tierra sin preocuparse de la salvación eterna. Destaca esta inquietud con repetidas referencias al tiempo y a las telarañas como metáforas y símiles. La voz de Dios declara primero que “[c]ada día que vive [el hombre] se le quita del número de sus días en que medita como la araña, sino como las obras que ella teje y saca de sus entrañas, pues mil años ante mis ojos son como el día de ayer que ya pasó” (2: 194). En una segunda directiva, Dios dice, “[a]gradece la vida, y cada hora de ella procura emplear bien atesorando tesoros para el cielo, no como las arañas meditando vanas telas, ni dando tu corazón a cosas extrañas del fin que pretendes, como las telas de las arañas, vanas, viles y enmarañadas” (1: 195). Igual que Santa Teresa, Castillo emplea la misma voz de Dios para mejor comprender el misterio de la presencia divina en el hombre (Castro 13). Al mencionar días, mil años, ayer, y cada hora, Dios enfatiza que la vida es breve y que importa cada minuto. Los infieles, en cambio, son como arañas que corren en círculos sin darse cuenta de su ineptitud.

Francisca entonces cambia de narrativas para advertir cuánto ofendemos a Dios cuando así “andamos ocupados en marcar paja o espinas, y en hilar telas como las arañas, desentrañándonos sin fruto” (1: 203). Este pasaje podría reflejar la tradición antigua que sostenía que únicamente la muerte se encontraba en las telarañas o la visión nóstica que creía que solamente la maldad estaba en el centro del universo (Cirlot 49).

Igual que las monjas en el convento de la Madre, el Hombre es una araña que saca malo (veneno) de lo bueno (la miel de una flor [1: 241]). Asimismo, la realeza no se escapa de este dilema como vemos cuando Castillo escribe, “[los príncipes] tejerán sus telas como las arañas, y serán cortadas las telas que urden y reducidas a nada” (2: 167). Luego, se reconstruye la imagen real a lo divino a medida que se repite el tema de la fugacidad y la futilidad de la vida terrenal cuando Castillo dice a Dios, “vale más un día en los atrios de los palacios del Reino que les prometes, que mil años de la vida transitoria, que es como la tela de las arañas, y como el día de ayer que ya pasó” (2: 29).

A pesar de todos estos usos negativos, vemos que hasta la odiosa araña puede ser útil a manos divinas cuando, en otra conversación reproducida con Dios, la monja explica, “[e]ntendí: anda y aprende de las criaturas más desechadas mi ciencia (...). Mira cómo la araña oficiosa siempre teje su tela” (2: 130) Aprendemos con esta sentencia que, aunque normalmente trabaja para mal, la araña por lo menos es juiciosa en llevar a cabo sus objetivos malvados. Así, como vimos con la mosca y la abeja, y contra la opinión primitiva al contrario (Cirlot 10), los insectos en Castillo no conllevan

cualidades estables, especialmente cuando Dios necesita enseñarnos algo.

Finalmente, dos otras lecciones están por aprenderse de la pequeña araña en *Los afectos*. En la primera, el insecto y sus tejidos son metáforas de tres pecados terrenales. Leemos primero, “[a]sí es que la codicia y endivia, y el amor a la tierra hace bramar las gentes, hace meditar vanidades y cosas inútiles y dañosas, hace tener las telas como las arañas, sacando el veneno de sus entrañas ponzoñosas” (2: 165). Los tres males malgastan nuestro tiempo y, con el verbo “bramar,” nos convierten en bestias salvajes. En el mensaje final, cuando la monja celebra los aspectos justos de Dios que nos calman, declara, “[a]sí es Señor que tu bondad, tu misericordia, tu clemencia es la justicia que alega el que te invoca en verdad. Qué tiene de suyo el hombre cuya ánima tiembla y se espanta con el más leve ruido, como las arañas con la paja de la escoba” (2: 175). La araña es otra vez un símbolo metafórico del miedo que nos sobrecoge cuando nos apartamos de Dios. Además, la escoba es una ligera alusión al tema doméstico que Castillo refuerza en *Afectos* con frecuentes referencias a los padres, la familia, la casa, el ajuar, el lecho y más (Morales Borrero 406-11).

Igual que la araña y las diferentes especies de serpientes, el escorpión simboliza el mayor peligro espiritual. En el mundo zodiaco, simbolizaba el mundo de los deseos y la amenaza de la muerte, mientras que en el arte medieval era emblemático de la traición (Cirlot 178, 268). Sin embargo, ayuda a realzar los fines religiosos de Castillo a través de “la ciencia viva” que ella incorpora en *Afectos* (Morales Borrero 397). Aunque se menciona solamente tres veces en la obra, el escorpión imparte un fuerte impacto por su veneno y poder de hacernos daño. Castillo primero escribe, “[e]l gran señor dijo, mirad, cómo aquella tierra que por mi inutilidad y malicia era una cueva de serpientes, y escorpiones, cómo está ya con flores, y con frutos” (1: 178). Es decir, necesitamos darnos cuenta de lo que Dios puede hacer hasta con las almas más estériles y odiadas. Él tiene el poder de crear la nada y convertirla en algo útil si lo bendice. En otro “afecto”, Castillo explica que si nuestros hijos desean lo malo, como el áspid o el escorpión, de lo que Dios designa para bien, él los protegerá (2: 143-44). Sin embargo, por lo contrario, si ellos no lo alaban ni honran, no recibirán su bendición. Por lo tanto la monja advierte “[p]ues ¿cómo si piden un escorpión que los mate, el Padre celestial los ha de oír? ¿Cómo ha de atender a su oración, si se encamina a quedar ellos perdidos y negar a Dios el honor que le deben?” (2: 202).

La polilla, la mariposa, la langosta y la oruga

Dos insectos parecidos que se mencionan también en *Afectos* son la polilla y la mariposa. La mariposa era probablemente importante para Castillo como un símbolo místico pues en la Antigüedad aparecía en un emblema sobre el alma y su atracción inconsciente hacia la luz (Cirlot 33-34). Luego, el arte románico incluía una imagen del Amor que sostenía una mariposa cerca de una llama para significar la

purificación del alma por el fuego (Cirlot 33-4). Para elogiar las maravillas de Dios, Santa Teresa diserta largamente en *Las moradas* sobre la bella “mariposica” blanca y graciosa que sale del mismo capucho que el feo gusano (71), la diferencia que hay entre un gusano feo y una “mariposita” blanca (73) y la “mariposica” que no para por hacer bien a sí y a otras almas “porque no halla su verdadero reposo” (83). Por su parte, Francisca cree que el alma busca sin cesar el resplandor divino porque, como la mariposa, ama la belleza y desea ser “abrasada y confundida en ella” (2: 50).

Al contrario de la hermosa mariposa, la polilla está claramente atrincherada en una tradición negativa. En Mateo 6:19, por ejemplo, el santo advierte que dicho insecto destruye como la oxidación. Este aspecto destructivo de la polilla se combina con el de la langosta en *Afectos* cuando la Madre, primero, avisa y, luego, pregunta, “[g]uardas tu vestido de la polilla, y los sembrados de la langosta, y se guarda el cuerpo de males aires; ¿pues por qué no el alma?” (1: 219). Desde la tradición patristica y *La Biblia* (Éx. 10:4, Rev. 9:1-10), la langosta ha sido una constante fuerza destructiva contra el hombre (Cirlot 182). Por ende, Castillo nos recuerda que si tanto la langosta como la polilla atacan nuestra ropa y cosechas por fuera es preciso que también nos defendamos por dentro contra un oponente aun más peligroso: el demonio.

La ropa sigue siendo el principal tema de dos citas más sobre la polilla. Primero, leemos que las personas que desea la muerte para estar con el Señor fijan “el tesoro de la tribulación y prueba con que puedan adquirir más, y más riquezas y tesoros de gracia y de gloria, y que tejan en ella aquella vestidura de la inmortalidad que no ha de envejecerse, ni la ha de comer la polilla” (2: 55). Sin embargo, muchas tareas en que se interesa la gente perecerán como leemos en “[o]h, ¿cuántas obras se hallarán como las manzanas de Sodoma, hermosas por fuera, y abominables por dentro (...) cuántas como la vestidura que comió la polilla hechas por respetos humanos?” (2: 280). Con la familia, la casa, y más, la vestidura es un importante componente en el tema doméstico que la Madre emplea más de diez veces en la obra (Morales Borrero 410). Aunque es uno de los insectos más pequeños, la polilla siempre roe por dentro para exponer nuestras debilidades y falsedades. De nuevo nos recuerda que nuestras almas se destruyen sin que nos demos cuenta si no tenemos prioridades correctas. El camino de esta vida es breve y los verdaderos hijos de Dios ponen sus mayores riquezas donde “no las ha de comer la polilla, ni han de tener fin” (1: 306).

Hemos visto que a veces Francisca habla con sus lectores, con Dios, o reproduce la voz de Dios. En un “afecto” entendió a Dios claramente después de turbarse y reporta, “[y] o dije: haced vuestros tesoros donde ni la polilla, ni el orugo los demuela” (1: 256). La oruga se asocia estrechamente con el gusano, una criatura favorita de Castillo, y la gorgoja que la monja menciona una vez en *Afectos espirituales* (2: 136). La oruga es también un pariente de la babosa que para los

antiguos simbolizaba las fuerzas primordiales, la semilla masculina, el origen de la vida y la tendencia silenciosa de las tinieblas a moverse hacia la luz (Cirlot 273, 285). Como tal, esta familia de gusanos se hace el perfecto símbolo para explicar el profundo deseo místico de unirse a Dios.

El gusano

La mitología asociaba el gusano con la muerte y el acto de matar (Cirlot 359). Como la serpiente, representaba además una energía enredada (Cirlot 359). Es una de las convenciones más fijas en *Las moradas* donde Santa Teresa lo menciona muchísimas veces para ilustrar su propia pequeñez y elogiar la hermosa seda que produce (i.e., 72-73, 77, 87). Espinosa Medrano también recuerda la seda que el gusano trajo a Júpiter en una rara leyenda mitológica y, en San Marcos 9:48, *La Biblia* explica que los pecadores van al infierno donde, extrañamente, el gusano no morirá. Debido al gran número de veces que Castillo habla del gusano en *Afectos*, es sin duda su criatura favorita de todos los insectos y arácnidos que incluye en la obra. De los treinta pasajes que incluyen referencias al gusano, me limito a los casos más inusitados y representativos.

Igual que la langosta y la oruga, el gusano se combina con la polilla para aumentar el impacto de la alegoría, símil o metáfora. Vemos esta combinación cuando la monja exclama, “[o]h que al que se vestía de luz le comes sus adornos como la polilla, y afeada su hermosura, haces que aun su cadáver le coman los gusanos!” (1: 237). Los dos trabajan juntos para empezar a destruir el orgullo del vivo y seguir acabando con los restos del muerto. La destrucción insidiosa del gusano y la polilla fortalece la misma idea continua de la futilidad de vivir por el momento. Los dos le ayudan a que Castillo nos enseñe que nada dura para siempre y que hasta la gente más rica pasa del polvo al polvo.

En la purificación espiritual que *Afectos* traza, Castillo metafóricamente el alma como “gusanito” que encuentra un refugio perfecto con el Señor (1: 138, 141). También usa el símil (*similitudo*; Quintiliano, 3: ix, 304-305) para comparar el alma con un gusano y los animales domesticados. Como los polluelos bajo las alas protectoras de su madre, el alma se alegra con gozo, satisfacción y consuelo cuando simplemente ve al Señor sacramentado (1: 20). Los pollos y polluelos se ven en otras ocasiones en *Afectos* (i.e., 1: 120, 274) y, como otros animales de granja (i.e., ganado, caballo, cordero, mulo, etc.), forman en sí otra categoría zoológica grande en la obra. Aquí, sin embargo, con *reprehensio* (Cicerón, *De Oratore* 2: 164) Castillo se corrige a sí misma y propone que en cambio el alma se alegre, “o más propio como los gusanos a quien después del agua y frío, baña piadoso el Sol” (1: 20). El hipérbaton (Quintiliano, 3: viii, vi, 336-37) y el aparente error gramatical de “a quien” por “a quienes” hacen de esta frase un buen ejemplo del estilo barroco o descuidado con el que algunos críticos han caracterizado *Los afectos*. Una variación del mismo *reprehensio*, el *enmendatio* (Quintiliano 3: ix, i, 370-71), se nota en *Las moradas*. Allí Santa Teresa afectadamente se corrige a sí misma con disculpas cuando

exhorta, “¡[I]uego ya confieso que fué ver y que es visión imaginaria! —No quiero decir tal, no es esto de que trato, sino visión intelectual; que como no tengo letras, mi torpeza no sabe decir nada” (110).

En otros tres pasajes aprendemos que Cristo se niega a ser hombre y se llama o se hace gusano para mostrar su humildad para con el hombre. Castillo primero escribe que el alma se viste y se adorna con el color púrpura de la sangre “del que se llamó gusano por su amor [Jesús], así aunque por la naturaleza es débil, queda hecha fuerte” (1: 39). Luego vemos que “aún debajo -los pies de los hijos de las tinieblas [Jesús] estubo hecho gusano, y no hombre, oprobio de los hombres, y desecho del pueblo” (1: 300). Finalmente se lee, “[Cristo] fuese rico [pero] se hizo pobre, y se llamó gusano y no hombre” (2: 259). Pero al romper la pareja Jesús-gusano, sin embargo, Castillo sugiere que “no midas por el gusanillo, vil, pobre y miserable, al Señor inmenso, grande y poderoso, cuyo ser es liberalidad, comunicación, amor, bondad” (1, 248). El *dissolutum* (Cicerón, *De oratore* 2: 162), u omisión de la última “y” entre “amor” y “bondad,” es, por otra parte, una técnica recomendada por la retórica para encantar y sorprender al lector.

Además del gusano como alma y Jesús, Castillo se compara a sí misma con un gusano por ser pequeña y vil (1: 69; 2: 224). También desea comprender los aspectos más bajos de la vida como el polvo y “el gusano ciego y podrido” para conocer a Dios (2: 65). La autocomparación probablemente proviene de Santa Teresa quien escribe, “está claro que hemos de creer que un gusano de tan limitado poder como nosotros, que no ha de entender sus grandezas [las de Dios]” (109). En uno de sus muchos sueños y visiones, Castillo recuerda que después de comulgar un día, su alma andaba como gusanito hasta terminar “con indecible consuelo” bajo el pie del Señor (2: 142). A diferencia de otro ejemplo donde Jesús se encontró bajo los pies del hombre, aquí el alma de ella está bajo los pies de Jesús. En general, la viñeta podría ser un vestigio de la tradición primitiva que sostenía que la presencia de un animal en un sueño así significaba una energía, como el alma, que todavía no está diferenciada, racionalizada o dominada por la voluntad (Cirlot 12-13).

Para realzar su propia bajeza, la monja combina el ambiente donde vive el gusano con el tema familiar. Su padre es la podre, su madre son los gusanos viles y asquerosos y sus hermanos son sus miedos y ascos (2: 120). Como Santa Teresa, quien escribe que nunca salimos del nuestro “cieno de miserias” (22), Francisca clama a Dios en el cieno asqueroso donde se crían los gusanos (2: 120). El cieno, o lodo, conllevan por tradición mítica una imagen como medio de todos los procesos biológicos y estados nacientes (Cirlot 211-12). Del mismo modo, Castillo afirma que la inclinación natural es mala y todo lo humano es pecado y asqueroso como los gusanos. Sin embargo, Dios le mira, un gusanito despreciado, desde su inmensidad (2: 143). Los soberbios, en cambio, son también gusanos podridos que

paren iniquidades, obran maldades y se tienen que esconder bajo la tierra (2: 154). Hasta los más pequeños como los gusanos pueden percibir los cielos y la grandeza de Dios (2: 191) y Castillo orgullosamente proclama, “[Dios] oyó mi voz desde su Monte Santo. ¿Qué voz puede tener un gusano, y más clamando desde el profundo?” (2: 204). Sin embargo, en otra ocasión la monja parece contradecirse en, “¡[o]h alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incompresibles al gusanillo vil y ciego que anda arrastrando por la tierra!” (2: 233). Le pide misericordia al Señor porque si las estrellas y “el santo aquel [Satanás]” han caído de los cielos, “¿qué no temerá el gusano, el polvo y el lodo? Sálvame pues, Señor” (2: 208).

A la Madre le gusta usar el gusano con otros insectos y animales para profundizar sus alegorías. Por ejemplo, los soberbios y poderosos de la tierra pronto se sentarán “como moscas en las llagas y corrupción” sin poder matar una hormiga. Por locos y brutos todavía quieren medir su poder contra el de Dios y no saben que perderán. Al final quedarán vencidos con la mosca y el gusano (1: 73). Para explicar lo bueno que Dios puede hacer hasta con las creaciones más bajas, Castillo luego manda que veamos cómo la araña teje oficiosamente y el gusano se encoge y se humilla. Aunque son feos y humildes, los dos son tan importantes como la lagartija cuyas pequeñas manos se llevan a los palacios de los reyes (2: 130). La lagartija, como la culebra, aparece con frecuencia en *Afectos* (i.e., 1: 191, 219, 306; 2: 100, 210, 239). Su inspiración parece haber venido de *Las moradas* de Santa Teresa, donde las “lagartijillas” o “lagartijas” simbolizan la imaginación que importuna e impide el bien de las quintas moradas (67) y donde las culebras representan “las cosas emponzoñosas” que te atacan en las segundas (27). Por fin, Francisca exclama que si Dios cuida las limpias ovejuetas y los corderos por dar vellón al hombre, seguramente guarda “un gusano tan vil” como ella (2: 224)³.

La hormiga

Debido a su fragilidad, impotencia, y multiplicidad, las hormigas han simbolizado tanto la mezquindad de todos los seres vivos y, contrariamente, la vida que es superior a la vida humana (Cirlot 13-14). Esta duplicidad de representaciones que Castillo hereda de la mitología antigua puede explicar por qué no se molesta que sus insectos y arácnidos se muevan tan libremente entre lo bueno y lo malo en sus escritos. La Madre hubiese leído sobre las hormigas también en *Las moradas*, donde Santa Teresa expresa que hay más de lo que se entiende en todo lo que Dios creó “aunque sea una hormiguita” (53).

Este insecto, como el gusano, por ende representa la belleza y el valor en hasta las creaciones más humildes e insignificantes. Francisca escribe, por ejemplo, que el alma “[a]prende de la hormiga, antes que vengan las lluvias busca el grano con que te sustentas: ¿por qué agravas tu corazón?” (1: 24). Le amonesta que “[n]o seas, pues, alma mía, perezosa para procurar tanto bien, anda a la hormiga y mira cómo trabaja en el verano para lograr su labor en

el invierno, considera sus caminos, y trabaja para llegar a este monte santo, a este feliz y florido desierto” (1: 46-47). Los atributos de la hormiga son su industria y destreza de planear para esos tiempos sin provisiones. Aunque pequeña, la hormiga nos puede enseñar muchas lecciones de cómo vivir bien.

Como vimos, la monja nos recuerda que los soberbios se sientan en sus tronos sin saber que no son nada más que moscas sucias que ni pueden matar una hormiga (1: 73). En este caso, la hormiga representa lo más débil e desafortunado de la sociedad. Del mismo modo, ella se llama a sí misma una hormiga dos veces en *Afectos*. Escribe, por ejemplo, “Dios mío, pues espero yo vilísima hormiga de la tierra en vuestro favor y brazo poderoso salir victoriosa de tántos, tan crueles, tenaces y astutos enemigos” (2: 96) y “[c]omo yo sea una mujercilla ciega, una hormiga pisada; sólo tengo mi seguridad y esperanza en no apartarme de mi Señor, y altísimo principio, y último fin” (2: 290). Ya que sufre contra unos opositores despiadados que la persiguen y, como la hormiga, queda sin defensa bajo sus pies, pone su confianza solamente en el Señor.

A veces, la hormiga está presente en las comunicaciones místicas de la monja. Afirma que Dios le dijo una vez que no abandonaría el cuidado de su alma como los hombres que dejan que un nido de hormigas camine locamente por todas partes (1: 163). Cuando su alma habla con Dios, oye que el alma “sale y camina como la hormiga de aquellos pequeños escondrijos de la tierra, con pasos, y pies tan débiles, que apenas los percibe la vista” (1: 267). Dios reitera que ella no debería preocuparse porque, si su Majestad puede transformar la hormiga en el sol y el sol en una hormiga, “¿[q]ué es lo que puede hacer el alma por Dios? Sólo rec[i]bir, sólo admirarse, sólo agradecer, sólo buscar en él su vida (...)” (1: 267). El alma, o la hormiga, está bajo el mando y control de Dios; por eso, la Madre pregunta otra vez: “¿[m]as cuál hormiga quiso encaminar o contradecir los pasos del sol?” (2: 92).

Las sabandijas

Santa Teresa se refiere a las sabandijas varias veces en *Las moradas* para simbolizar la maldad espiritual y los malos pensamientos que afligen el alma (i.e., 16-17, 22, 31, 38). Castillo llega a decir que ella es el lugar donde dichos insectos viven cuando escribe, “[s]oy por lo que tengo de mí como un pozo de cieno de donde están continuamente brotando malos olores, saliendo asquerosas sabandijas” (1: 105). Los arroyuelos, cienos, charcas, y lagunas de nuestras vidas están empantanados y producen sabandijas, o pecados, que tenemos que lavar (1: 126). Sin embargo, hay esperanza cuando Francisca escribe, “[e]l que era muladar en mi poder, esté hecho un palacio! Oh si yo volviera a allí, ¿cómo volviera todo a destruirse, y caer; cómo brotaran otra vez asquerosas sabandijas?” (1: 179). Si los hombres dirigen sus vidas, sus almas se vuelven muladares. Con Dios el alma se convierte en un lugar divino vacío de las sabandijas malignas del pecado. El cieno es una imagen probablemente tomada

otra vez de *Las moradas*, donde Santa Teresa lo usa como metáfora por los pecados y nuestra miserable condición humana (22, 125).

Para animarnos a que vivamos por Jesús, Francisca cita a María quien ordena, “[d]e mis entrañas nació este niño para ti; mira que en tu corazón le hagas limpia morada, no lo pongas entre espinas de culpas y pasiones; no abrigues sabandijas en el lecho que le prevenies, que es la limpieza misma” (negrilla del editor; 1: 284). Nosotros somos sabandijas viles ante Él y no nos atrevemos a ofenderle (2: 88). Necesitamos dominar las cosas transitorias y los pecados de la vida que son viles y asquerosas sabandijas (2: 100). Aunque son pequeñas, las sabandijas, sin embargo, pueden atacarnos en cualquier momento. Castillo nos recuerda este peligro en uno de sus frecuentes sueños donde su alma andaba a Dios entre una corriente de perlas preciosas (2: 142). De repente la maravillosa escena se destruye porque entre las perlas le “parecía andar una como sabandija muy pequeña, que conocía podía hacer mucho daño” (2: 142). Así, ella reconoció el peligro de dejar que una maldad o un pecado entraran en su corazón y alma.

Un pecado de este tipo pone nuestra confianza erróneamente en las cosas terrenales. Al respecto, ella nos advierte, “[m]as del que confía en el hombre, y en la fortaleza de su brazo está escrito (...) será como la caña, la hierba despreciada, y la sabandija en el desierto de la tierra estéril y salitrosa (...)” (2: 157). Otro pecado es decir cosas malas porque “[e]l vaso sin cobertor es reprobado, porque por la boca entra el polvo, y sabandijas a enturbiar y manchar el agua clara y limpia” (2: 209). Como vimos con otros insectos, ella se considera a sí misma una sabandija también cuando escribe “¿[q]ué soy sino una sabandija ponzoñosa que dondequiera derramo mi veneno indigna de la luz, de la vida y de la compañía de las otras criaturas [?]” (2: 302) También metaforiza a sus detractores con la imagen negativa de la sabandija en “De la murmuración y de los detractores,” donde escribe:

La verdad no ama los escondrijos, ni busca los rincones. ¿Qué otra cosa hacéis cuando imitar a las viles sabandijuelas que se esconden para morder, y emular a la serpiente que escondida entre las yerbas y la arena, no da ningún silbo por morder más cautelosa y nociva al caminante? (2: 321)

Es todavía otra clara referencia a la vida dura que ella llevó en el lejano convento clarisa de Nueva Granada.

Se ha escrito que los místicos españoles querían extender la idea del imperio material de España a las cosas del espíritu (Bejarano-Díaz 20). Su problema era, sin embargo, que lo inefable de la purificación del alma y su unión deseada con Dios no podían ser comunicados con lenguaje directo sino por medio de símbolos (20). Las plenas palabras no eran suficientes para expresar este tipo de fenómeno demasiado lejano de la comprensión humana (20).

Con base en esta problemática, he intentado mostrar cómo la Madre Castillo transforma dos criaturas comunes de la naturaleza, los insectos y los arácnidos, en símbolos a lo divino para mejor comunicar su jornada mística en *Afectos espirituales*. La Madre emplea estos símbolos para templar sus experiencias místicas oscuras y moldear sus escritos a una tradición ya “aceptada” y solidificada por la retórica, la oratoria sagrada, Santa Teresa y más. Entre otras fuentes que pudo haber usado para preparar sus “afectos”, sabemos que conocía bien *La Biblia* y muy probablemente la poesía española, los mitos y leyendas de la Antigüedad y el bestiario medieval. Toda esta “retórica del poder” le ayudaba a definir su espacio en una cultura misógina que restringía el acceso intelectual y espiritual de las mujeres (Robledo xii-xiii).

Sobre todo, hemos visto que en *Afectos* el mundo natural irónicamente le ayuda a que Castillo haga hincapié en las grandes cosas que Dios puede realizar con sus creaciones más bajas. Al incluir quince insectos e arácnidos malos, sin embargo, Castillo oye los avisos de Santa Teresa de que no todas las criaturas de Dios trabajan para fines buenos. Estos seres malos, en cambio, sirven para destacar la pequeñez, si no la estupidez, de los hombres que no respetan a su Creador. En el Convento de Santa Clara en Tunja, sabemos que Castillo sufrió tremendamente de los chismes y los abusos de las otras monjas (Robledo xviii, xvix). Asimismo, algunos de los insectos que usa en *Afectos* simbolizan la amenaza y el veneno del mundo listos para destruirnos. Podían reflejar igualmente su interés en la naturaleza que hereda de Santa Teresa y que observó de niña o como monja en sus pocos momentos de tranquilidad en el convento. Por la mayor parte, Castillo parece seguir las convenciones que hereda sobre los insectos. Emplea, por ejemplo, la mala imagen de la sanguiuela, el escarabajo o la oruga y la buena de la mariposa. Por otra parte, la abeja, la mosca, la araña y la hormiga comparten su tiempo entre lo bueno y lo malo según la tradición antigua.

Esta misma ambigüedad entre el bien y el mal que vemos en los insectos es sintomática, como Robledo nos recuerda, de las místicas también (xxxiii). Al ser obligadas a destruir la conexión con sus cuerpos y su sexualidad, muchas, como Castillo, se llevaban a momentos destructivos o a la fantasía debido a su “encerramiento insufrible, el silencio intocable y la soledad penosa” (Robledo xix, xxxiii). Los escritos de estas monjas sobre tales experiencias y más representan a la vez el primer momento en la historia occidental en que las mujeres actuaban y hablaban en forma pública (Robledo xxxiii). Sin embargo, ¿eran sus visiones reales o signos de la represión de lo femenino que caracterizaba del barroco neogranadino? Para contestar esa duda, un importante aspecto de su vocación como escritoras era descifrar el origen, sea bueno o malo, de sus motivos e inspiraciones (Robledo xxxii). Ya que los insectos ocupaban el nivel más bajo de la biocomplejidad e instinto jerárquico de los animales en la tradición antigua (Cirlot 10), eran los perfectos símbolos para ayudar a que Castillo destacara su propia baja tanto como la de los demás.

Esta pobre auto-imagen, ya existente en muchas místicas como Castillo, se realizaba por la misoginia ya atrincherada en la cultura occidental y la iglesia católica a partir de la conquista y la colonización de América (Borja Gómez, *Rostrós* 269). La visión de la mujer como tentadora, espiritual y físicamente débil, inferior, y aun maléfica, dominaba la época en que vivían y escribían (Borja, *Rostrós* 270-71). A pesar de todos los modelos y lecturas que Castillo puede o no puede haber seguido, quiere, como cualquier buena escritora mística, convencernos de su santidad (Borja, “Cuerpos...” 103-04). Por esa razón, sus obras no pueden ser consideradas las mejores fuentes de información objetiva sobre la vida conventual de la época (103-04). En ellas sigue las bien conocidas instrucciones de San Ignacio de Loyola de que las monjas usaran su imaginación para apoyar sus meditaciones y visiones (113). Las referencias de la Madre Castillo a los insectos y arácnidos en *Los afectos espirituales* pueden ser, como resultado, más que nada un ejemplo de ese esfuerzo creativo.

Notas

1. Sor Juana está de acuerdo cuando escribe en *La respuesta a Sor Filotea*, “estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal. Nada veía sin refleja; nada oía sin consideración, aun en las cosas más menudas y materiales; porque como no hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el *me fecit Deus*, no hay alguna que no pame el entendimiento, si se considera como se debe. Así yo, vuelvo a decir, las miraba y admiraba todas” (509). Se sabe que Castillo admiró y leyó la poesía de la monja mexicana (Johnson 169, 182).
2. Jueces 14:8.
3. El gusano además significa la insidiosa fuerza destructiva de la carne sobre el alma (1: 146), la hipocresía (1: 244), el pecado (1: 244), las falsas apariencias que la afligen a ella (1: 193), a la gente asquerosa que odia a Jesús (1: 130), a los seres más miserables y pobres a quienes Dios oye (2: 32), a todas las criaturas comparadas con Dios (2: 32), lo que produce la maldad (1: 287), a los pobres a quienes Dios atiende (1: 290), el pecado que Dios nos saca (I, 306), al hombre impotente (2: 111) y a Dios, quien por ser la verdadera entidad abatida y humilde, dice, “[y]o soy gusano, y no hombre” (2: 111).

Obras citadas

- Absaje y Ramírez de Santillana, Juana Inés de (Sor Juana Inés de la Cruz). “La respuesta a Sor Filotea”. *Obras escogidas*. Ed. Juan Carlos Merlo. Barcelona: Bruguera, 1979. 489-527. Impreso.
- Achury Valenzuela, Darío, ed. *Obras completas de la Madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo*. 2 vols. Bogotá: Banco de la República, 1968. Impreso.
- Aristóteles. *The Art of Rhetoric*. Ed. T. E. Page. Trad. John H. Freese. Cambridge: Harvard University Press, 1967. Impreso.
- Bejarano Díaz, Horacio. “La Madre Castillo”. *Universidad Pontificia Bolivariana* 23 (1959): 17-21.
- Borja, Jaime H. “Cuerpos barrocos y vidas ejemplares: la teatralidad de la autobiografía”. *Revista Fronteras de la Historia* 7 (2002): 99-115. Web. 22 may. 2010.
- . *Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada. Indios, negros, judíos, mujeres y otras huestes de Satanás*. Bogotá: Ariel, 1998. Impreso.
- Castillo, Madre Francisca Josefa del. *Afectos espirituales*. 2 vols. Bogotá: Editorial ABC, 1942. Impreso.
- Castro, Secundino. “Teología teresiana del mundo”. *Hombre y mundo en Santa Teresa*. Ed. Secundino Castro. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1981. 7-31. Impreso.
- Cepeda de Aumada, Teresa de (Santa Teresa). *Las moradas*. México, D.F.: Espasa-Calpe, 1989. Impreso.
- Cicerón. *De Oratore*. Trad. H. Rackham. 2 vols. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1988-1992. Impreso.
- Cirlot, J.E. *A Dictionary of Symbols*. Trad. Jack Sage. New York: Philosophical Lib., 1962. Impreso.
- Cisneros, Luis Jaime. “Espinosa Medrano. Lector del *Polifemo*”. *Hueso Húmero* 7 (1982): 78-82.
- Curtius, Ernest. *Literatura europea y Edad Media Latina*. Trads. Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre. 2 vols. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1955. Impreso.
- Espinosa Medrano, Juan. *La novena maravilla*. Valladolid: Agustín Cortés de la Cruz, 1695. Impreso.
- Hatzfeld, Helmut. *Estudios literarios sobre mística española*. Madrid: Gredos, 1968. Impreso.
- Johnson, Julie Greer. *Women in Colonial Spanish America*. Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1983. Impreso.
- McKnight, Kathryn Joy. *The Mystic of Tunja: The Writings of Madre Castillo 1671-1742*. Amherst, Massachusetts: University of Massachusetts Press, 1997. Impreso.
- Morales Borrero, María Teresa. *La Madre Castillo: Su espiritualidad y su estilo*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1968. Impreso.
- Quintiliano. *Institutio oratoria*. Trad. H.E. Butler. 3 vols. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1986. Impreso.
- Robledo, Ángela Inés. “Introducción”. *Su vida. Madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2007. ix-lxv. Web. 14 may. 2010.